

# ÁGORA SILENCIOSA

A la memoria de mi maestro  
MODOALDO GARRIDO DÍEZ,  
muerto en Córdoba, en el  
amanecer del día 10 de agosto  
de 1936.

*Fuiste insigne por naturaleza, y  
cuando te destruyeron nos  
quedó de tu palabra un gran  
deseo.*

*«Donde hacen la soledad,  
a eso llaman paz».*

TÁCITO (*Historias*)

*«Oh tiempo, que ves pasar todos  
los destinos humanos, dolor y  
alegría, la suerte a la que hemos  
sucumbido, anúnciala a la  
eternidad».*

EPITAFIO A LOS GUERREROS ATENIENSES  
MUERTOS EN LA BATALLA DE QUERONEA

*«El hecho de sentirse privilegiados  
une al hombre de espíritu y a su  
protector aun a pesar de su mutuo  
menosprecio».*

W. JAEGER, *«La política de la cultura de  
los tiranos».*

«Agora silenciosa» fue representada en el «Gran Teatro» de Córdoba los días 30 y 31 de marzo de 1995, con el siguiente reparto:

*Diómedes* Joan Dalmau  
*Ruma* Juan Carlos Villanueva  
*Paidros* Francisco García Torrado  
*Simmas* Bartolomé García Sánchez  
*Mujer* M<sup>a</sup> Jesús Martín Artajo  
*Soldado Guardián I* Miguel Ángel Ramos  
*Soldado Guardián II* José Antonio Ruiz  
*Soldado con Insignias* Alberto Luque  
*Soldados* Juan Carlos Reyes, Miguel A. Martínez, David Torres, Esteban Jiménez, Rafael Muñoz, Jesús M<sup>a</sup> Trejo  
*Coro* M<sup>a</sup> José Rodríguez, Manuel de Cesar, Federico Abad, Dionisio Ortíz, Eugenio Romero, Manuel Buendía, M<sup>a</sup> Luque, Laura Olla, Raquel López, Pilar Navajas, Eva Ramos, Cristina Cañal

*Escenografía y vestuario* Jesús Ruiz  
*Música* Félix Cañal  
*Dirección* Félix Cañal  
*Ayudante de Dirección* May Silva  
*Regidor* Federico Monserrat

Todo ello a propuesta y estímulo de Francisco López Gutiérrez, director por entonces de la Fundación Pública Municipal «Gran Teatro».

## DRAMATIS PERSONAE

DIÓMEDES, ciudadano.

RUMA, esclavo de Diómedes.

PAIDROS, sacerdote.

SIMMAS, estratega de Panta «El Grande».

SATO ADUI, esclavo del anciano Critilo.

EL ÉFETA, el inflexible juez que interroga.

SOLDADO I.

SOLDADO II.

SOLDADO CON INSIGNIAS.

SOLDADO CUSTODIO DEL TEMPLO.

SOLDADOS DE LOS DOS SECTORES.

SOMBRA DE CRISIPO.

SOMBRA DE SILÓMENES.

MUJER EN DESPOBLADA NOCHE.

CORO DE MADRES, madres de la resignación.

Madres de la ira.

CORO DE LOS REPRESALIADOS.

ANCIANOS IRACUNDOS.

MUCHEDUMBRE.

La acción se desarrolla en un lugar imaginario próximo a la fertilidad de una cuenca, donde confluyen corrientes milenarias del espíritu.

País de colinas sagradas y mármoles antiguos en cuyas blancas aristas reverbera la luz fríos cristales de agua. Llanuras de palpitante soledad donde la arena cristaliza y crecen, sin aroma, las rosas del desierto; donde el azul de sus cielos diurnos y la vivaz llamarada de sus astros se unen al aire cristalino que limpia la llanura en la que cualquier partícula de polvo parece brizna de metal.

Es un pueblo extrañamente destinado para alumbrar al mundo el milagro del pensamiento humano. País de hombres que fueron más allá de la forma de las cosas, y que inventaron seriamente la risa. Tierra de la ironía sobre cuya extensión se hizo difícil la magia y la esperanza.

# PRÓLOGO

## *EL SUEÑO DE DIÓMEDES*

### ESCENA I

Diómedes reposa en el grato silencio de la estancia. Leve es la luz. Los pulsos escanden el paso de las horas, y Láquesis, dulcemente, devana la madeja. Y es, entonces, cuando Diómedes se incorpora del lecho como impulsado por la melancolía. Crece la inquietud para derrota del sosiego. Por los tránsitos de piedra que rodean la estancia se siente el blando volar de fatídicas aves que amaitinan, buscando, entre las sombras.

Diómedes ha creído escuchar gritos distantes que ascienden hasta él desde los bajos fondos de la noche; hay un oscuro clamor de metales antiguos, resonancias de sangre de la Historia.

Después de un prolongado silencio, una tuba helicón lanza la señal sobre los montes bermejos, sobre el silencio mineral de los declives, advirtiendo a la ciudad -por si en el sueño se le hubiera olvidado- que vive vigilada.

VOCES  
VELADAS  
ENTRE LA  
NIEBLA  
DEL SUEÑO. ¡Diómedes! ¡Diómedes!

*(Distante y apagado).*

¡Diómedes!

*(Breve silencio).*

¡Qué bien se aviene ahora  
tu descanso indolente  
cobardemente hundido

sobre el oscuro fondo  
de la noche!  
Tú, que fuiste llamado  
¡hijo de la arrogancia!  
y señor de tus días,  
cuya voz levantaba  
su apogeo  
bajo el ardiente sol  
de la mañana,  
te escondes de la luz  
de la que fuiste hijo  
y te cubres el rostro  
evitando el fragor  
de tu memoria.  
¿Por qué huyes de ti?  
¿Por qué te ocultas tu  
imagen verdadera?  
Vuelve sobre tus pasos  
y contempla  
los tránsitos lejanos  
de tu vida  
donde quizá encuentres  
la razón esencial  
de tu memoria,  
abierta como una vieja herida  
sin remedio.

DIÓMEDES. Como hijo de Lacides  
y nieto de Agrimanto  
se apoderó de mí  
la pasión por la tierra.  
Pude haber sido  
como ellos,  
pude haber cancelado  
mi existencia  
en el regazo de los montes



¡benéfica y marchita!,  
con la sobria costumbre  
de ocultarnos a todos su tristeza,  
árbol frondoso de los años,  
a cuya sombra protectora  
se confiaron siempre  
los cofres del recuerdo  
que guardaban intacto  
-como en vasos sagrados-  
un tiempo ya perdido  
que pudo eternizarse  
en su presencia.

Pero llegó el momento  
-¡ay madre arrebatada!-  
en que vuelves tu rostro  
hacia las sombras.

Y hubo un oscuro clamor  
interminable  
por las frías riberas de tu ausencia,  
donde, piedra enlutada, tus ojos  
levantaron templos para la noche.  
Y de lemuria nenias  
se ofrendaron  
al sombrío esplendor  
de tu silencio.

Y de lemuria, llantos.  
Y de lemuria, cárdenos los mantos  
¡Ay muerte, oscuramente tierna,  
pesadumbre del mundo  
tu incansable afanar  
sobre las rosas lívidas!  
¡Ay nostalgia de boreales vientos  
que envolvieron el apogeo insigne  
de la piedra,  
hoy yacente y humilde, derrotada,  
-plinto para una alondra a ras del suelo-



que impasible miraba el paso  
inexorable

de un destino cumplido,  
hundido ya en la noche

que se anuncia!

CORO. Un destino truncado por tu mano.  
¿Qué has hecho de tus días,  
Diómedes?

Deshabitado ya por ti  
el río de tu estirpe,  
resecas ya sus piedras,  
no tendrás,

junto a tu lecho último  
quien recoja  
tu quebrada palabra  
ni quien te ampare

el rostro

con la blanca piedad  
del lino mortuario.

¿Dónde está la esperanza  
de tu origen?

Quedaron por nacer  
aquellos brazos  
que hubieran seguido  
la costumbre

de cultivar la tierra  
y cambió sin remedio,  
con su muerte

-¡madre yacente!-

tu destino pacífico.

DIÓMEDES. En lugar de los surcos  
y su calma  
se apoderó de mí  
el eco de los mármoles.

CORO. Fue un momento trivial,  
y doloroso,

cuando cambió el signo  
de tu vida.

DIÓMEDES. ¡Toda pasión  
por el conocimiento es buena!

CORO. Pero a ti te arrastraron  
las palabras.

DIÓMEDES. El hombre es, sobre todo,  
ardiente voz  
que cruza por el ágora.

CORO. Creciste demasiado en la ironía,  
y el eco de los mármoles  
fue la embriaguez de tu existencia.

DIÓMEDES. Los frutos de la razón y de la mente  
pueden también  
ser útiles al hombre.

Yo pensé en mi ciudad  
¡y en la justicia!

CORO. ¿Por qué mientes, Diómedes?  
¡Cómo te engañas!

DIÓMEDES. ¿Ponéis algún reparo?  
Porque presumo...  
que me estáis acusando.

CORO. Fuiste la encarnación  
del pensamiento puro,  
apartado del hombre  
y sus afanes,  
porque sólo atendías  
a tu universo íntimo, doliente,  
y al desorden secreto de tu vida.

DIÓMEDES. Parece que se olvida  
aquello que nadie ha repetido:  
¡yo di la libertad a mis esclavos!

CORO. Acaso necesitas recordarlo.  
Quizá te tranquiliza un hecho tan confuso.

DIÓMEDES. Fue algo muy concreto, innegable.

CORO. Únicamente perseguías  
un gesto llamativo  
que pudiera servirte en tu deseo  
de influir sobre ilotas  
y de poner tu nombre  
en boca de extranjeros  
como si fueras un arconte  
que el pueblo reclamara.

En sueños germinabas  
una revuelta peligrosa...  
¡sólo era en sueños!

DIÓMEDES. Yo compuse un tratado  
acerca de la ciudad perfecta,  
y di la libertad a mis esclavos.

CORO. Sin duda, lo presentas  
como si se tratara  
de un hecho generoso,  
pero no fue otra cosa  
que apartar de tu casa  
y de tu vista  
a quienes despreciabas.

DIÓMEDES. Acogieron, felices,  
aquella libertad  
que jamás esperaron.

CORO. En realidad,  
¿por qué te engañas?  
preferiste, entonces,  
que tu casa se quedara desierta,  
cuando ella, ¡prónuba de tus días!,  
se alejó para siempre  
bajo la piedra insomne ¡alondra  
de su nombre  
derrotado en el alba!

DIÓMEDES. Nunca he negado  
que en soledad escancié  
los vinos más amargos.

CORO. Pero has presentado  
tus motivos  
como si hubieras servido  
a la ciudad  
heroicamente.

DIÓMEDES. Nadie puede negar  
que me arrojé con ímpetu  
al ámbito del ágora,  
y me opuse a las leyes  
que eupátridas injustos  
hicieron decretar  
a los Arcontes.

CORO. Tu casa era un desierto  
y te volviste  
a los enfrentamientos,  
huyendo  
del larario apagado  
donde la soledad  
era una diosa esquiva.

DIÓMEDES. No alcanzo a comprender  
vuestro reproche,  
pues cada uno marcha  
por caminos  
donde la pesadumbre  
es llevadera.

CORO. Pero llegó aquel tiempo  
en que fuimos  
duramente probados.  
Y, ¿dónde estabas tú,  
Diómedes ardiente?,  
cuya voz poderosa  
cruzaba por el ágora  
como el batir de alas.  
Te buscaron tus fieles,  
sin descanso,  
y nunca te encontraron.

DIÓMEDES. Hacía mucho tiempo  
que todos mis discípulos  
me habían abandonado.

CORO. ¿Te confundes acaso?  
¿O te conviene hacerlo?

DIÓMEDES. Sutiles adversarios arruinaron mi escuela.  
Mis discípulos descubrieron, entonces,  
que mi doctrina acumulaba errores.  
Hoy viven bien, dejándole a las águilas  
aquella libertad de que gozaban.

CORO. Te confundes sin duda.  
Pues antes de que esto ocurriera  
ya habías cruzado  
la distancia,  
donde celeste el mar peina sus ondas  
como delfines;  
y cuando thánatos sombría  
azotó

la llanura, tú estabas ya muy lejos,  
en otras tierras calmas,  
descifrando papiros junto al Nilo,  
sobre cuyas riberas  
lamento funeral llevan los vientos.

DIÓMEDES. Anduve aquellas tierras  
atraído  
por el arte secreto  
de conservar los cuerpos.

CORO. Un deseo de saber muy oportuno,  
pues poco antes  
intentabas los modos  
de Anarcasis el escita  
en el libre decir  
y en valentía.  
Pero no te halagaba  
el repetir su fin,  
¡tan lamentable!,



campesinos,  
la mirra de tu voz  
-como un incienso tierno  
y desgranado-.  
Le ofreciste también  
tu miedo,  
tu angustia  
y la miseria  
de no saber  
quién eras,  
realmente,  
cuando te viste  
convertido:  
¡eólico cristal!,  
¡mético puro!,  
¡cantor de oficio  
en la llanura pánica!,  
al servicio de Uno  
y su familia.

DIÓMEDES. ¿Por qué tanto rigor?  
¿Cómo es posible?  
¡Oh, Moiras, hermanas de las Horas!,  
si mi destino ha de seguir  
sin pausa

su caminar adverso  
¿qué motivo detiene  
vuestra mano  
para cortar el hilo  
de mi existir doliente?

CORO. Quizá no esté cumplido  
el tiempo señalado,  
y has de esperar,  
paciente,  
siguiendo tu costumbre  
de escanciar, solitario,  
los vinos más amargos.

DIÓMEDES. *(Violento)*

¿Quién se atreve a juzgarme  
sin admitir defensa?

¿Quién eres tú, despiadado enemigo  
que perturbas mi sueño?

*(Pausa)*

¿Te callas?

*(Pausa)*

¿Por qué motivo enmudeces  
ahora?

CORO.

¡Porque yo no soy nadie!

Estás solo en tu casa.

Ni siquiera está Ruma

que se escapó en la noche,  
siguiendo su costumbre,

y derrama su aliento

sobre el mundo.

Y han sido tus recuerdos.

Ha sido

tu memoria incansable,

abierta

como una vieja herida,

quien perturbó tu sueño.

Estás solo,

¡solo!

Únicamente soy

el eco de ti mismo,

tu voz

que ha rebotado

sobre el mármol

de tu casa desierta.

¿Lo comprendes ahora?

¡Diómedes! ¡Diómedes!

¿Qué has hecho de tu vida?

*(Es la madrugada. Entre la voz del viento en la*



*llanura, se escucha, levemente, el funeral lamento de la hiena).*

## ESCENA II

*(Entra Ruma).*

RUMA. ¡Diómedes! ¡Diómedes! ¡Despiértate!

DIÓMEDES. ¿Por qué me impides el descanso?

RUMA. Escuché que gritabas y he comprendido que Oniro, con malos sueños, te maltrata

DIÓMEDES. Porque la noche, ¡dulce hermana de Erebo!, ya sólo es una puerta que se abre a mis años perdidos.

RUMA. ¡Aparta de ellos tu mirada!

DIÓMEDES. ¿Y cómo podría hacerlos si la melancolía me lo impide?

*(Excitado).*

En cambio, para ti la noche es confidente de ~ tu vida. El camino propicio a tu derroche. ¿De dónde vienes a estas horas?

RUMA. Me subí tus caballos desde el río. Por una causa extraña, se niegan a beber durante el día.

DIÓMEDES. ¡Mi discurso de Creto está esperando! Y mientras tú llegabas me dominó el cansancio. ¡No perdamos más tiempo! ¡Marchémonos al Agora!

RUMA. ¿A estas horas, Diómedes?

DIÓMEDES. Serán las más propicias para escuchar si tu voz, poderosa, se aviene con agrado al eco de los mármoles.

*(Ruma, esclavo, hace un gesto de impaciencia ante la idea de marchar a estas horas al ámbito del Agora para ensayar el discurso inspirado que*

*Diómedes ha compuesto con motivo de la divinización de Creto).*

OSCURO

## ACTO I. ESCENA I

Soldado II ¿Cansado?  
Soldado I Peor todavía. Aburrido.  
Soldado II Terminarás de mala forma.  
Soldado I. También lo pienso yo.

*(Respira hondamente excitado).*

¿Dónde están los demás?

*(Miran hacia el lado izquierdo).*

Soldado II. Quizá se los tragó la tierra. ¡Mejor así!  
Soldado I. No deberías quejarte.  
Soldado II. ¡Maldita sea!  
Soldado II. Alguien puede oírte. ¡Ten cuidado!  
Soldado I. Yo soy un guerrero probado en los encuentros. Si hombres de otras tierras nos miraran, nos tomarían por locos que danzan en la noche.  
Soldado II. Es la ley de la persecución simbólica. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Ya no quedan enemigos.  
Soldado I. ¡Sabes bien que sí quedan! Si nos dejaran rastrear hasta llegar al fondo, detrás de las palabras.  
Soldado II. Modera tu impaciencia.  
Soldado I. Mi lanza, ya sedienta, anda buscando la humedad de la herida. ¡Qué tiempos conocimos! Los días más hermosos van quedándose atrás.  
Soldado II. ¡Aquel sol de las batallas!  
Soldado I. ¡Aquel romper los cuerpos en medio de los gritos que crecían como llamas! ¡Oh, plenitud de Thánatos sombría!

*(Pausa breve).*

Y después, al regreso, ¡con qué seguridad y qué

alegría se entraba en la mujer! Entonces, uno era un hombre, y lo sabía.

*(A escena llega un guerrero con unas insignias que lo distinguen de los demás. Detrás de él llegan otros, pero antes de que entraran ya se oían sus gritos -como un oscuro fondo amenazante- procedente de distintos sectores de la ciudad).*

*(1º Sector derecho de la ciudad*

*El eco llega hasta el ámbito del Ágora  
recogiendo, desde el laberinto de las calles,  
las voces de los guerreros  
que patrullan por este sector.*

*(2º Sector Izquierdo de la ciudad*

*Por este sector los guerreros están  
mucho más lejanos del Ágora y sus voces  
distantes, retiñen más débilmente sobre el  
silencio de los mármoles.  
Es como el eco del eco.*

**SOLDADO CON INSIGNIAS**

*(Que entra gritando)*

¡Vayamos por aquí  
cubriendo el río!  
¡Rodead la ciudad!  
¡Subamos por la roca  
a la cumbre más alta!

(1º)  
¡Subid!  
¡Subid!  
¡Subid!

(3º)  
*(Los dos sectores a la vez)*  
¡Por cualquier lado  
y su contrario!

(2º)  
¡Por este lado!  
¡Por este lado!  
¡Por este lado!

SOLDADO CON INSIGNIAS  
¡Levantemos el velo de las sombras!  
¡Descendamos al fondo de la noche  
donde agoniza el día!  
¡Busquemos sin descanso!

¡Buscad!  
¡Buscad!  
¡Buscad!

*(Los dos sectores)*  
¡Busquemos sin descanso!

¡Buscad!  
¡Buscad!  
¡Buscad!

SOLDADO CON INSIGNIAS  
¡Por los bajíos mefíticos donde se pudre el  
agua!  
¡Por las umbrías secretas donde ya crecen  
las flores libertarias!

¡Buscad!  
¡Buscad!  
¡Buscad!

*(Los dos sectores)*  
¡Busquemos sin descanso!

¡Buscad!  
¡Buscad!  
¡Buscad!

SOLDADO CON INSIGNIAS  
¡Por los labios del viento y las grises..  
galerías del alba!  
¡Desvelad toda frente pensativa!  
¡Rastread toda lengua razonable!  
¡Indagad la palabra!

¡Desvelad!  
¡Rastread!  
¡Indagad!

*(Los dos sectores)*  
¡Indagad la palabra!

¡Desvelad!  
¡Rastread!  
¡Indagad!

### SOLDADO CON INSIGNIAS

¡Descubrid sin reparo  
al fingidor de la lealtad!  
¡Descubridle al que aplaude  
el rostro verdadero!

¡Descubrid!  
¡Descubrid!  
¡Descubrid!

*(Los dos sectores)*  
¡Descubridle al que aplaude  
el rostro verdadero!

¡Descubrid!  
¡Descubrid!  
¡Descubrid!

### SOLDADO CON INSIGNIAS

¡Porque es necesaria la tremenda justicia!  
¡Porque es necesario que nadie quede  
exento  
de su hermoso vigor!

¡Porque es necesario!  
¡Porque es necesario!  
¡Porque es necesario!

*(Los dos sectores)*  
¡Busquemos sin descanso!

¡Buscad!  
¡Buscad!  
¡Buscad!

### SOLDADO CON INSIGNIAS

Descendamos...  
a las heladas tierras  
del silencio  
y de sospecha nos sirva  
la quietud de los muertos.

¡Descended!  
¡Descended!  
¡Descended!

¡Descended!  
¡Descended!  
¡Descended!

*(Los dos sectores)*  
¡Descendamos a las heladas tierras  
del silencio!

### SOLDADO CON INSIGNIAS

¡Vigilad sobre todo  
a los hijos del muerto,  
a quienes el muerto  
les dejó por herencia  
el oscuro consejo!

¡Descended!  
¡Descended!  
¡Descended!

¡Vigilad!  
¡Vigilad!  
¡Vigilad!

*(Los dos sectores)*  
¡Vigilad a los hijos del muerto!

### SOLDADO CON INSIGNIAS

¡Temed! ¡Buscad! ¡Vigilad!  
¡Desvelad! ¡Rastread! ¡Indagad!  
Porque escrito quedó sobre la sangre  
que del río de los muertos  
se levantaría la niebla.

¡Temed!  
¡Buscad!  
¡Vigilad!

¡Temed!  
¡Buscad!  
¡Vigilad!

*(Los dos sectores)*  
¡Desconfiad por siempre  
porque el río de la sangre  
se levantará en niebla!

*(Por la izquierda salen de escena fieramente gritando  
y danzando. Durante un cierto tiempo se oyen sus voces que,  
finalmente, se apagan).*

(1º)

¡Buscad, Buscad!  
¡Vigilad, Buscad!

(3º)

(2º)

¡Vigilad, Vigilad!  
¡Vigilad, Buscad!



## ACTO II. ESCENA VII

Al retornar la luz volvemos de nuevo en la escena V. Diómedes se está resistiendo a tan ominosos presagios. El grupo que vemos llegar desde el fondo avanza hacia el proscenio trayendo a «Panta» como protegido. Las trompas de guerra disipan la levedad de las últimas sombras, y la ciudad que aguardaba, aquietada en la noche, emerge torrencial para el orden solar del heroísmo.

RUMA-«PANTA». ¿Qué deseas Diómedes?

DIÓMEDES. (Tenso). Espero que Panta descansa satisfecho.

RUMA-«PANTA». Me basta saber que no soy un esclavo para que todo salga bien.

DIÓMEDES. ¡Tú eres libre, Ruma! Has alcanzado tu deseo y estás manumitido. Pero piensa que en este tiempo que vivimos la libertad es semejante a un cascarón vacío, a un nombre sin sentido.

RUMA-«PANTA». Seamos entonces consecuentes.

*(Dominante. Quizá cruel Quizá viviendo, pese a todo, el gran momento de su vida).*

Por última vez estoy dispuesto a obedecerte. Tú eres mi amo. Pídemelo que arroje al suelo esta careta, y juntos, al par que derrumbamos la mentira, afrontaremos dignos el final que a todos nos espera.

DIÓMEDES. (Aterrado). ¿Qué dices?

*(Está lleno de pavor).*

Empieza ya. Y aleja de tu frente esa locura.

*(Se retira temblando).*

RUMA-«PANTA». (Soberano). ¡Aparta! ¡Descansa en mí tu

inquietud!

*(Lo aparta con un gesto sin duda despectivo. Diómedes se retira hacia un lado apurando la más grande y amarga humillación que la vida le ha impuesto al no aceptar la difícil invitación de Ruma. Ruma «Panta» avanza hacia el proscenio. En ese momento un rugido de clamores estalla en la muchedumbre al contemplar a «Panta». Una tuba helicón lanza un grave sonido de atención imponiendo silencio. Al mismo tiempo, una trompa de guerra la secunda, y diríase que su eco solemne lo recogen las montañas. Un silencio gradual se va imponiendo en toda la anchura del ágora con el decaído estertor de una ola gigante que agoniza en la arena).*

«¡Oíd todos!» «¡Escuchad!» «Hoy comienza  
el día de los días luminosos  
que testimonia nuestro alto destino  
entre todos los pueblos que fueron estelares».  
«Hoy se abre, hialino,  
el hontanar del tiempo, ¡privilegiadamente  
nuevo!

Y parece, por su propia grandeza,  
que se estrena la vida».  
«¡Oh llanuras heroicas  
donde Eolo ejercita sus pasiones!  
llanuras fecundadas  
por los gritos de guerra,  
donde con pies y brazos  
que el mármol eterniza,  
nuestra ciudad forjó  
su destino celeste».

*(La plaza ruge de entusiasmo).*

«Nadie puede olvidar  
el esfuerzo de los hijos de Marte,  
apolíneos guerreros  
dueños de la llanura  
¡los encendidos hombres  
de la ira!  
a cuyos gritos  
la montaña temblaba.  
Nadie debe olvidar  
la muerte de los héroes  
acaecida  
en el tiempo maldito  
¡Oh, la etapa vencida  
de aquel gran desencanto  
que nos trajeron los traidores.  
Tuvimos que empujar hacia el abismo  
y despeñar  
viscosas salamandras  
liberales.  
Tuvimos que talar  
los bosques  
de engañadoras  
lenguas peligrosas.  
¡Espadas declamantes  
que en la ciudad  
impusieron la corrupción más triste:  
de la "carne podrida"  
de los "ojos sin brillo",  
de la "entraña sin grasa",  
y aquel  
enloquecido desenfreno  
que llamaron el derecho de hablar!»

*(Ovación delirante).*

«Pero nosotros fuimos la salud y el hierro  
el viento desatado que limpió la  
llanura  
de flores libertarias.  
Nosotros, que supimos volvernos exaltando  
los sagrados hogares de los dioses,  
cuyas piedras sagradas  
sufrían la inclemencia  
de un tiempo irreverente».

*(Diómedes atiende intranquilo, más que al discurso de «Panta», al grupo que forman Simmas y Paidros, que, sin dejar de observarlo, continúan su secreta conversación. Tanta inquietud le producen, intuyendo la gravedad del momento en que vive, que en un movimiento impulsivo se ha aproximado a «Panta» más de lo razonable, haciendo que, sorprendido, éste se detenga. Después, ya repuesto, continúa).*

«Nosotros, que opusimos  
los escudos forjados  
con la secreta fuerza  
de las rocas  
¡Oh belleza del hierro!  
y que logramos silenciar  
equivocos discursos  
pronunciados  
por efémeras bocas  
y humedades  
¡lirios hediondos de la noche!  
por aquellos maestros  
del deseo  
que vivieron ganados  
por el viejo cansancio,

vieja desesperanza,  
más vieja  
    que la vejez del mundo  
y fueron ellos...  
-¡que no se escapen los culpables!-  
quienes profanaron la Historia,  
    declarando mentidos,  
los cimientos sagrados  
y las piedras solares  
sustentos inviolables  
para la fundación de la ciudad.  
Maestros de gran irreverencia  
    y desvarío  
llegándose hasta el punto  
de que una carne extraviada  
¡una carne cualquiera!  
tenía la pretensión  
de poseer verdades.

*(Gritos de asentimiento).*

«Y sois vosotros,  
¡ciudadanos leales!,  
¡muchedumbre del orden,  
torres de fortaleza levantadas  
al calor de las glorias mayores!,  
a quienes la ciudad  
y el legado sagrado de su historia  
confía su esperanza».  
«La marcha heroica de la efebía,  
y la vigilancia constante  
os harán poseedores  
de las altas virtudes  
de Creto».

*(Rugidos de entusiasmo. Gritos de exaltación)*

*ciudadana. La ola se devuelve hasta el mismo «Panta» su heroica exaltación, y se escuchan gritos pidiendo justicia y reclamando una matanza ejemplar entre ocultos traidores. Diómedes, intensamente pálido sigue atento a la conversación de Simmas y Paidros).*

«Ese es Creto. ¡Mirad!  
¡Imitad su grandeza»  
Contemplad la nobleza de su rostro,  
¡Mármol estremecido  
de las blancas canteras  
del Pentélico!  
Inasequible siempre  
al desaliento  
poseyendo la egregia fortaleza  
de contemplar sereno  
el rostro de la muerte.

*(La ola humana revienta de fervor. Un bosque de gargantas gritan enloquecidas de entusiasmo).*

«¡Pero sed dignos  
de su imagen!  
¡Imitadlo!»

*(Cada vez más enardecido).*

«¡Buscad!  
¡Vigilad!  
¡Desconfiad por siempre!  
Penetrad la sombra  
y arranquemos de ella  
al perseguido.  
Vigilad al que asiente y aplaude.

Vigilad,  
sobre todo, a los hijos del muerto  
a quienes el muerto dejó, por  
herencia,  
el oscuro consejo.  
Pensad  
que el hijo del muerto lleva en la espalda  
los ojos del muerto,  
y vive a la espera de su  
hora.

Y su hora es la ira.  
Y la ira del hijo del muerto será semejante  
a un volcán dormido que despierta.  
«¡Temedle!  
¡Vigiladle!  
¡Escuchad sus palabras!  
¡Sus gestos!  
¡La leve intención  
de su mirada!  
Nunca apartéis de ellos el cuidado, porque  
escrito quedó  
sobre la sangre  
que del río de los muertos se levantará la  
niebla.

*(Murmullo de aprobación.*

*Ruma-«Panta» se altera ante un nuevo gesto  
de Diómedes. Piensa que está equivocándose.  
Hace, no obstante, un gran esfuerzo y  
continúa).*

«Y nosotros,  
forjadores del hierro y de la luz,  
nacido del encendido vientre de los días,  
por torrenciales glorias obligados,  
renovamos para nuestra ciudad

el esplendor creciente de su historia,  
sobre la cual descende,  
desde un cielo propicio  
-¡de oriente resplandores!-  
la mirada benigna de los dioses...

*(De pronto, sobre la multitud enardecida, surge una voz descontenta, una garganta herida y recobrada. Una lengua cansada del silencio que, antes de ser cortada, encarece gritando de verdad. Es la voz de Diómedes decidido a morir antes de asistir a la caída de su libertad postrera y convencido de la conspiración contra su vida).*

DIÓMEDES. *(Gritando)*. ¡Panta! ¡Panta!

*(Su voz ha ensordecido la plaza).*

¡Oh, Panta miserable! ¡Maldito seas de los dioses, más miserables que tú pues ni siquiera existen!

RUMA-«PANTA». ¡Diómedes!

*(Lo mira consternado).*

DIÓMEDES. ¡Hijo maldito de la noche, Panta! ¡Nacido del oscuro vientre de las sombras! ¿Adonde irás con tu locura? ¿Por qué te escondes, cobarde, tras la voz de mi esclavo?

*(Hay un silencio impresionante. Parece que los perros de guerra se van a lanzar contra él, pero no lo hacen esperando una señal que se lo ordene. Todos quedan paralizados por*



*la sorpresa de esta agresión del temeroso Diómedes, el que vivía soñando con vientos de libertad que, inesperadamente, han surgido, quizá para morir, de las cenizas de su vieja cobardía).*

SIMMAS. *(Reaccionando).* Enloqueció Diómedes.

*(Lleno de ira).*

¿Cómo pudo atreverse a enloquecer?

PAIDROS. El perro dejó escuchar su aullido.

SIMMAS. Era su boca una cueva. Y su garganta era un presagio.

PAIDROS. Que debió ser cortada a tiempo. Ese fue mi consejo no atendido.

DIÓMEDES. *(Avanzando. Seguro. Con voz potente. Desafiante).* ¡Escucha, oh pueblo sometido! ¡Oh lenguas destinadas al silencio! ¡Oh frentes entregadas al engaño!

SIMMAS. ¡Cogedle! ¡Silenciadle el pestilente aliento!

*(Da la señal y las trompas de guerra inundan con un clamor de toques guerreros, el ámbito de la plaza. Un grupo se dirige hacia él para prenderle, pero Diómedes, brusca e inesperadamente, se lanza hacia su esclavo al que arrebatada de un tirón la careta -el rostro de Panta- dejando al descubierto la cara de Ruma que lo contempla lleno de espanto. Un rugido de indignación. Hay un clamor en la multitud. Un grito de sorpresa. Un rugido de indignación y desprecio contra la cobardía de Panta que se esconde detrás de un esclavo).*

RUMA.

*(Temblando)*. ¡Mi amo! ¿Qué has hecho de nosotros?

DIÓMEDES.

*(Con desgarrada ironía)*. ¿Tu amo yo? Nada tengo ya por mío. ¡Ya no eres de nadie! ¡Sólo seremos de la muerte!

*(Con una fina daga asesta un golpe mortal a su esclavo que rueda por el suelo. Va a clavarle de nuevo, pero no lo consigue, pues, mortalmente herido por una lanza, cae desplomado al suelo junto a Ruma. En ese momento un alud de guerreros, formando un frente amenazante con sus lanzas en barrera, descienden feroces hacia la multitud. Se produce un estruendo de gritos y de huidas ante la gran matanza que será necesaria para poner el orden deseado y la veneración hacia los dioses. Los cuerpos de Diómedes y de su esclavo son pisoteados por los guerreros que descienden por la escalinata. Por el suelo rueda la careta de Panta).*

PAIDROS.

¡Oh dioses! ¡Oh leyes de esforzado rigor! ¡Que nada quede de estos perros! ¡Que remuevan sus huesos y levanten sus casas! ¡Que hagan olvidar, de entre las genes, su nombre peligroso! Y tú, oh Simmas esforzado, piensa que éste pudiera ser el gran momento de tu vida. Todos te aclaman por la energía de hierro de tu brazo. Estás llamado a ocupar, decidido, el lugar donde los vientos baten fuerte para que nadie impere entre las sombras teniendo que prestar, cobarde, su rostro a un esclavo.

*(Simmas se detiene y contempla a Paidros. Esas palabras han movilizad su ambición.*

*En estos momentos, la tentación de poder le crece y hace que se vuelva hacia el cadáver de Diómedes con una leve satisfacción).*

- SIMMAS. Quizá, oh Paidros Venerable, la ciudad tendría que agradecer a un perro, que nuevos aires purifiquen su gloria.
- PAIDROS. Contarías con mi ayuda, Simmas. Los dioses bendecirán tus días. Yo me encargo de ello.
- SIMMAS. Por cuanto dices, veo ahora, oh Paidros Venerable, el error que ha supuesto confiar esta misión a Diómedes y a Ruma su adoptivo. Y el más grave de todos, el haber olvidado el linaje sagrado de su clase. El haber usurpado lo que los dioses sólo a ti confían.
- PAIDROS. Quedarás obligado a restaurar el pensamiento puro persiguiendo al ateo. El temor será el mejor razonamiento que ofreceremos a las gentes, y seré yo quien a tu lado te iré dictando el deseo de los dioses.

*(Se miran con aire de complicidad del que no ha sido borrada totalmente la incertidumbre sobre la forma de eliminar a Panto).*